

MAÑANA,
CUANDO
YO MUERA

MANUEL GARCÍA

algaida



© De todas las fotografías del libro: Manuel García. Todos los retratos de los personajes proceden de Formerly National Board of Antiquities, de Helsinki, salvo el retrato del tenor Jaume Bachs (Angelo Angioletti), que procede de la Biblioteca Nacional de Catalunya

© De la fotografía del autor: M.^a Jesús Casermeiro

Primera edición: 2019

© Manuel García, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-071-3

Depósito legal: SE. 57-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. LOS PAPELES DE LA CUEVA	15
Breve tratado de genealogía y heráldica	17
<i>Madrid, Paris, Berlim, San Petersburgo, o mundo</i> . .	22
Arte de cetrería	26
La nieve	39
El cónsul imposible	43
En donde se hace el retrato del protagonista	54
La justa medida del tiempo	58
En donde se hace el retrato de la antagonista	63
Breve lección de pintura	71
La clase de idiomas	76
Babel de jardín marchito	81
La higiene	91
No le toques ya más, que así es la rosa	98
<i>And all men kill the thing they love</i>	103
Como un gato entre petunias	105
En donde se hace el retrato de <i>la otra</i>	112

Hombre más apenado que ninguno.	118
No te puedo comprender, corazón loco	124
<i>Tous les matins du monde sont sans retour.</i>	129
<i>Não seriam cartas de amor se não fossem ridículas . .</i>	134
Las dos caras de la hoja de la navaja	138
Porque la pena tizna cuando estalla.	146
Despedida sin adiós	151
En vano espero tu palabra escrita	155
<i>Il faut toujours être ivre.</i>	159
Dos líneas paralelas que no van a juntarse más	166
En esos tus semblantes plateados.	169
Malditas las palabras.	172
Sabrás qué significan las Ítacas	177
SEGUNDA PARTE. DESDE UN LUGAR DE HELSINKI.	181
Berlín no es la ciudad, es una herida	183
La lección de canto.	190
Volverán las oscuras golondrinas.	198
<i>Assommons les pauvres!</i>	208
Tristes armas, si no son las palabras.	215
Cada Narciso se mira en el fondo de su vaso	219
Tristes hombres, si no mueren de amores	230
Es mi sangre la que destila por mi pluma	235
La muerte es rubia y no lleva guadaña.	239
La interpretación de los sueños	246
Viva moneda que nunca se volverá a repetir	250

¿Qué sabes de las rojas amapolas?	262
Una morena y una rubia.	267
No hay plazo que no se cumpla	274
Tierra. La despedida siempre es una agonía	278
<i>Where did you sleep last night</i>	285
El amor tiene plumas clandestinas.	294
El médico me manda no escribir más	298
Es conveniente pasear al perro.	307
La miel helada que la luna vierte	317
<i>Merde pour la poésie</i>	320
Entre tus azucenas olvidado.	323
El mar, el mar, y no pensar en nada	329
<i>Todas as cartas de amor são ridículas.</i>	334
Final de plata amargo	336
<i>Post scriptum</i>	339

*Para Eugenio Oneguin, en su cielo de Rusia.
Para M.^a Jesús Casermeiro, terrenal y volcánica.*

Mañana, cuando yo muera,
ten esto bien claro,
con una trenza de tu pelo rubio
atarán mis manos.

ÁNGEL GANIVET
(Versión castellana de M. García)

PRIMERA PARTE

LOS PAPELES DE LA CUEVA

BREVE TRATADO DE GENEALOGÍA Y HERÁLDICA

1

DESDE UNA CUEVA REMOTA DE GALERA, PUEBLO QUE NO consta al mundo, escribo. Hace miles de años, nuestros antepasados de la cultura argárica habitaron estas cuevas. Seguramente ellos vivieron mejor que nosotros, sin internet, Facebook, Twitter, whatsApp, Instagram, Youtube, sin coches ni vuelos supersónicos, sin telebasura, teléfonos móviles, iPad, ebook y todas esas pequeñeces que atormentan el alma del ser humano contemporáneo. Queremos ser libres, pero vivimos en cuevas. Todo lo que no sea el vuelo del águila es vivir en una cueva. La cueva es el útero materno, el remordimiento de conciencia desde nuestra infancia, la excusa que nos permite seguir siendo seres de establo, animales de madriguera. Y al final de nuestros días venimos a parar a la cueva del nicho o de la fosa o de la urna que albergará la insignificancia de nuestras cenizas.

Aunque sea una cueva horadada en la ladera de una pequeña colina, en realidad es un apartamento funcional, con electrodomésticos, agua caliente y chimenea; con la ventaja de que se está caliente en invierno y fresco en verano. Nada como la tierra para conservar los cuerpos y las temperaturas. Entre la chimenea y la puerta hay una ventana que da al campo, bajo cuya luz está mi mesa de escritorio.

Estoy de paso, en realidad voy camino de Helsinki y de Riga, en busca de Ganivet. Me he pasado tantas horas leyendo su obra, imaginando a través de sus escritos y los testimonios de otros a ese personaje, que ya lo considero como algo mío. Y seguramente en el olimpo de los escritores que no están de moda, allí nos volveremos a encontrar y reconocer dentro de unos mundos. Algo turbio hay en él, que me impulsa irresistiblemente a buscarlo y a contar su vida. Algo que dirige mis pasos y mis palabras adonde no quiero. Y tengo la sensación de que, a pesar de haber nacido en siglos distintos, él en diciembre de 1865 y yo en diciembre de 1966, nos espera el mismo destino en lo personal y en lo literario. Y de camino al Báltico, escondido en esta cueva durante unas semanas, he decidido empezar a contar los últimos años de la vida de Ganivet y recordar los años de infancia y adolescencia en que yo viví por estas tierras altas. Hay algo que me viene de dentro y que me obliga a escribir, algo como una necesidad de volver al punto de partida, cuando era un niño, y vivía en el pueblo y el mundo no estaba todavía inventado, sino que empezábamos a crearlo nosotros. Estaré unas semanas aquí, recibiendo el consuelo del paisaje natal an-

tes de abismarme definitivamente en las nieves del norte y del olvido.

Hasta ahora, mi vida ha sido tan vulgar que no merece contarse. Cincuenta años destinados a perderse en la nada: los estudios de Filología, la oposición, la rutina de un profesor que pasa por diferentes institutos, las ciudades y las mujeres de mi vida, los divorcios, la poesía, los distintos libros publicados, el insulso mundo literario... Vida calcada de otras vidas igual de vulgares en las que pocas veces se encuentra un rato de hermosura. Y la de Ganivet, qué vida brillante, qué manera de vivir a fogonazos.

Así que decidí parar mi tiempo, dejar las clases y hacer el viaje de este libro, que comienza ahora en esta cueva de Galera y que terminará en Riga. Es febrero de 2019. Soy de un pueblo cercano, que huele a leña mojada en el invierno y que sabe a vino tosco, de la cosecha anterior, en el verano. Por eso me gusta imaginar que mi origen humilde está, al margen de mis apellidos, en el agua limpia del regato, en el terrón honrado del bancal y en la brisa que mece por las tardes las alamedas. En esta madriguera podré encontrar el consuelo de la tierra. Porque en mi diccionario la cueva es el habitáculo desde donde se puede escribir de la libertad. Y Ángel Ganivet la amó verdadera y absolutamente.

ÁNGEL GANIVET TUVO UN ORIGEN HUMILDE. Y JUNTO A su origen, la suerte de un apellido raro y saltarín: Ganivet.

Desde finales del siglo XVII en que un francés procedente de Turena llegó a Cogollos de la Vega, en Granada, los ascendientes de Ganivet, los Pedros, los Juanes, los Antonios, fueron dispersando su raro apellido por las Alpujarras, hasta llegar a sus abuelos y sus padres. Su apellido fue tan ilustre como el pan que amasaban en su horno, pues en el horno de cocer pan de su abuelo, con su molino de harina, es donde nació Ángel Ganivet.

Ganivetes hubo reconocibles que lo precedieron y que ya anticiparon su raro ingenio. Se podría rastrear por las palabras el árbol genealógico del personaje: Gaignebe o Gaynebet, Gainivete, Cañivet, Gañivets: Ganivet. Curiosa metamorfosis la de las palabras, que se cambian de boca en boca con la facilidad de las opiniones o la frugalidad del sonido de la lengua materna, si tienen la suerte de ser libres sin que ninguna autoridad las atenace de miedo o las congele en la absurda norma de un diccionario. Las palabras no las inventan los filólogos, afortunadamente, ni los académicos ni esos vacuos prebostes de las letras. Las palabras las inventa el capricho del escribano o del párroco que anota erróneamente el apellido en un acta de bautizo, o el artesano o el labriego que las transforma mientras maldice al cielo por el mal tiempo, o la madre que las acuna mientras duerme a su hijito. Y corren y se moldean de boca en boca hasta parar en la forma perfecta que acaban teniendo, como el guijarro que es re-

dondo a fuerza de que lo arrastre el agua del torrente y lo amuele o pulimente el polvo y los golpes del camino.

Ganivet. Canif, en francés: cortaplumas. Cañivete, en castellano antiguo: cuchillo pequeño. Ganivet, del catalán: cuchillo. En el origen de su apellido estaba ya todo lo incisivo de su vida.

MADRID, PARIS, BERLIM, SAN PETERSBURGO,
O MUNDO

3

A GANIVET LO CONOCÍ COMO CASI TODOS LOS ESTUDIANTES de nuestra generación, como un escritor de la generación del 98, algo raro y muy segundón literariamente. Más famoso por las excentricidades de su vida que por su obra. Por supuesto que sus mejores libros fueron excluidos del canon literario, como sus *Cartas finlandesas*, el más delicioso libro de viajes de la literatura española, o su original novela autobiográfica *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, sorprendente ajuste de cuentas que escribió en el Báltico, puesto ya el pie en el estribo. En España se leen los autores y las obras que interesan, no las mejores. Por eso el único libro que se conoce de Ganivet es su *Idearium español*, que la crítica franquista consideró fundamental, y por eso se asoció en los manuales de literatura los detalles morbosos del final de su vida con el desastre del 98, el dolor de España y todas esas vainas que

a Ganimet le interesaron tan poco. Y la verdad es que yo no lo hubiera conocido ni lo hubiera leído más, si no es porque hace cinco o seis años un amigo, Virgilio, me encargó que hablara de la poesía francesa de Ganimet en un ciclo de conferencias de Granada. ¿La poesía francesa de Ganimet? No tenía ni idea de que hubiera escrito poemas en francés. Y yo dije que sí antes de conocer esos poemas porque no tenían a nadie que diera la conferencia y porque yo soy ese tipo de escritor que hace lo que le mandan, los trabajos difíciles que los escritores importantes no quieren aceptar o aceptan por mucho más dinero.

Al leer esos poemas franceses, me di cuenta de que había dentro un mundo fascinante de flores raras, con amores intensos y sombríos. Y lo que empezó siendo un trabajo rutinario de traducción y de filología, un compromiso que había que solucionar pronto para una conferencia de tres cuartos de hora o del tres al cuarto, se convirtió en una obsesión. Desde entonces, Ganimet me atrapó, estudié minuciosamente los detalles de sus últimos años de vida en Helsinki y en Riga, traduje y edité su poesía francesa y mi vida empezó a girar hacia no sé qué sitio inesperado, por donde ahora transito.

4

A ÁNGEL GANIVET, EN LA NAVIDAD DE 1895, LE NOTIFICARON EN AMBERES, DONDE OCUPABA EL PUESTO DE VICECÓNsul de España, que acababa de ser ascendido por antigüedad y que debería presentarse antes de un mes a tomar

posesión de su nuevo cargo: cónsul de España en Helsingfors —la actual Helsinki—, en el Gran Ducado de Finlandia, dentro del Imperio ruso. Hubiera querido tomarse antes unas vacaciones en Granada, o visitar a sus amigos de Madrid, pero le urgían a ocupar su nueva plaza, pues en el consulado de Helsingfors había muchos asuntos que resolver.

Una vez que recibió el viático o finiquito, o sea, la paga de mil doscientos francos de su vices consulado de Amberes, Ganivet se apresuró a ocupar su nueva plaza. En recorrer los más de dos mil kilómetros ferroviarios que separaban Amberes de Helsinki, tardó unos siete días, desde el 25 de enero hasta el 1 de febrero de 1896, con paradas en Berlín, para conocer la nueva capital alemana en un paseo frenético de un día, Königsberg, antigua capital de Prusia, y San Petersburgo, donde se entrevistaría con el embajador español de esa ciudad, del que debería recibir una serie de instrucciones. El barco era más directo, pero los hielos del Báltico impedían la ruta en esas fechas.

Ganivet llegó a Helsingfors en dos viajes diferentes: primero desde Granada hasta Amberes: Granada, Bobadilla, Bailén, Madrid, Irún, Burdeos, París, Bruselas, Amberes; luego desde su consulado de Amberes hasta su nuevo destino: Berlín, Königsberg, San Petersburgo, Helsingfors. Y los siete días del segundo viaje los ocupó entre los compartimentos de primera, vagones restaurante y coches cama, los trasbordos entre trenes, las visitas fugaces que haría durante el viaje con noches de hotel incluidas, los cruces de frontera y las esperas en las cantinas de las estaciones.

Los vagones de primera tenían cómodos compartimentos de madera con lujosos asientos acolchados y finos visillos de encaje en los cristales; y el coche cama ofrecía una enorme comodidad, a pesar de la insana contingencia de la estrechez, del pestilente olor a chamusquina, sobre todo en los túneles, y del traqueteo continuo. Además, la vida social viajando en primera clase se prestaba siempre al galanteo y a la demora del paisaje, con la sucesión de pueblos, cortijos y haciendas rurales, de árboles y el tableteo del hilo del telégrafo. La noche ayudaba a dormir y a olvidar la eterna sucesión de tenues luces.

Le mezcla y profusión de lenguajes distintos fascinaba al nuevo cónsul. Durante el viaje tuvo la ocasión de abordar a una joven francesa, Juliette, compañera de compartimento, a la que acompañó cortejándola desde Lyon hasta Berlín y que le sirvió para practicar su francés y para conocer detalles de la vida parisina. Le entristecían las fronteras. En su viaje desde Amberes tuvo que pasar dos: la de Prusia y la de Rusia. Su pasaporte diplomático era una llave que abría casi todas las puertas. Pero sabía que Europa se desangraba por el problema de las nacionalidades y también sabía algo que había aprendido en sus viajes: los soldados de cualquier causa o nación, bajo el chirrido de los himnos y el flamear de las banderas, solo aspiraban a terminar su servicio para volver a sus casas e incrementar su familia.